

11/18/13



Eduardo Subirats

**EL CONTINENTE VACÍO**  
La conquista del Nuevo Mundo  
y la conciencia moderna

Facultad de Humanidades  
Facultad de Artes Integradas  
Doctorado en Humanidades



UNIVERSIDAD  
DE  
CARTAGENA



***“Commerce, Christianity, Civilization”***

“Millions of men torn from their gods, their land, their habits, their life... —escribió Aimé Césaire—. Food crops destroyed, malnutrition permanently introduced, agricultural development oriented solely toward the benefit of the metropolitan countries, looting of raw materials...”<sup>647</sup> El balance histórico del colonialismo occidental es unívoco: genocidios, tráficos y desplazamientos humanos masivos, continuas guerras, y la destrucción global irreversible de culturas y ecosistemas.

Tres formas elementales han cristalizado el proceso y el discurso colonial a lo largo de la historia del Occidente cristiano. La conquista de América en el siglo dieciséis se erigió como una guerra santa con arreglo al ideario de las cruzadas cristianas contra el islam. El significado cultural y social más profundo de esa primera figura de la colonización occidental de las Américas era la conversión de la totalidad de sus pueblos. Colonialismo para los hombres y mujeres de las ciudades sagradas de Cuzco y Tenochtitlán significó el abandono y la destrucción de sus dioses y de las formas de vida comunitaria que estos dioses preservaban, bajo la violencia coaligada del colonizador y el misionero cristianos.

A la conquista de las Américas, tempranamente definida como “destrucción de las Indias,” le siguieron Asia y África. Su colonización en los siglos diecisiete y dieciocho seguía sosteniéndose en el cristianismo como último sistema de legitimación moral, pero se articulaba en torno a las compañías industriales y comerciales, sobre la base de una legislación comercial global que protegía sus monopolios. Si la doctrina de la colonización de las Américas se articulaba en torno a la teología de la conversión de los indios desarrollada por el dominico Bartolomé Las Casas y el jesuita Joseph de Acosta, los idearios de la colonización anglosajona de los siglos siguientes se fundaban en valores seculares de libre comercio y derecho internacional. Sus máximos exponentes fueron la filosofía científica de Francis Bacon y la filosofía jurídica de John Locke.

<sup>647</sup> Aimé Césaire, *Discourse on Colonialism*. New York, 2000, p. 43.

Es necesario destacar que estas radicales diferencias entre la figura teocrática y teocéntrica del colonialismo ibérico, y las formas tecnocéntricas y liberales del colonialismo formulado por Bacon, Grotius o Locke no significan que ambas hayan existido como concepciones estratégicas y filosóficas segregadas y que deban considerarse como vasos comunicables. Más bien tiene que subrayarse lo contrario: existe una íntima relación y una solución de continuidad entre ambas formas y etapas del colonialismo occidental. Y es preciso subrayar esta relación frente a una poderosa tradición oscurantista que, desde la filosofía de la historia de Hegel hasta los *postcolonial studies*, se ha negado a reconocer los intercambios conceptuales y estratégicos entre ambas figuras históricas del discurso y las instituciones coloniales. Las permanentes referencias a Francisco de Vitoria del influyente tratado *The Free Sea* de Grotius en cuestiones que afectan tanto a la definición de los “indios” como seres humanos dotados de inteligencia, cuanto a la deslegitimación de la guerra como medio de apropiación de territorios y de esclavización de pueblos enteros, o bien el derecho al libre comercio y explotación de riquezas naturales dondequiera se encontrasen, pone textualmente de manifiesto la continuidad discursiva entre el colonialismo ibérico y holandés o anglosajón. Esta continuidad entre el colonialismo “teocrático” ibérico y el colonialismo “científico” de la Europa protestante comprende también legislaciones comerciales y morales, como comprende las estrategias, las tecnologías y las instituciones que señalan el desplazamiento de sus centros administrativos y militares de Sevilla a London a partir del siglo diecisiete<sup>648</sup>.

“Commerce, Christianity, Civilization”, los famosos principios fundamentales del colonialismo europeo que esgrimía David Livingstone, el legendario explorador, soldado y misionero del África del siglo diecinueve, son efectivamente los fundamentos de la razón colonial en su sentido moderno. Son las tres expresiones, económica, teológica y jurídica, de un mismo proceso de eliminación de las economías, las memorias culturales y las formas tradicionales de vida de los pueblos. Y tan sólo señalan una leve variación con respecto a la jerarquía de poderes que postuló el papa Alejandro VI en su famosa bula *Intercaetera*: la verdadera *instauratio magna* del colonialismo occidental moderno. Para el imperialismo cristiano la conversión constituía el alfa y el

<sup>648</sup> Hugo Grotius, *The rights of War and Peace* (Indianapolis, Ind.: Liberty Fund, 2005) vol. 1, pp. 243-244.

omega de la expansión colonial. El comercio de especies y el tráfico de minerales y humanos eran solamente los instrumentos para la constitución jurídica de una monarquía cristiana bajo el poder universal de la cruz. En la visión del *enlightenment* el logos colonial ya no se sustenta sobre el principio sacrificial de la redención humana del pecado original como su último fin. Lo hace sobre la base de un principio secular. El colonialismo se define estrictamente a partir de una racionalidad comercial, moral y jurídica. Pero esta racionalidad sólo ha reformulado el sistema apocalíptico de la historia universal cristiana en los términos de un “proceso civilizatorio” de catastróficas consecuencias ecológicas, sociales y espirituales para millones de humanos.

## 2

### *Teología política de la colonización*

Debemos al apóstol Pablo la transformación de la enseñanza ética de Jesús en una doctrina política universal a partir de dos postulados negativos: la eliminación de la ley judía, su memoria y su constitución como pueblo, y la escisión de la unidad pagana del humano con la naturaleza. Contra los judíos, Pablo criminalizó sus normas de vida, su especificidad como pueblo y su historia, e impuso la disolución de su comunidad; contra los griegos disolvió la armonía del ser. Su teología de la conversión y de la libertad conjuraba como servidumbre la permanencia en la tradición comunitaria. Y condenaba como pecado la alianza humana con la naturaleza. Expulsada de la comunidad y del ser, la nueva conciencia cristiana sólo podía justificar su culpabilidad y vacío existenciales en una salvación por medio del sacrificio de la cruz, y de su integración de los pueblos en el sistema apocalíptico de la historia universal<sup>649</sup>.

La propia conversión del apóstol Pablo funge como principio existencial y político de la colonización a partir de estos mismos tres principios fundacionales: erradicación de cultos y culturas, y de memorias y formas de vida; destrucción de los vínculos entre el humano y la naturaleza, desde los calendarios que regulaban los ciclos de su regeneración, hasta los cultos místicos ligados a las grandes diosas de la fecundidad y la tierra; y en tercer lugar, reconfiguración de una

<sup>649</sup> Friedrich Nietzsche, *Der Antichrist. Werke in drei Bänden*. Ed. Karl Schlechta. München, Wien, 1954. Vol. 1, p. 160.

identidad jurídica universal sobre el principio de una emancipación humana que en su formulación arcaica se llamaba trascendencia del ser a un intangible más allá, y en su expresión secular moderna se ha reformulado como el progreso de la civilización hacia un indefinido futuro.

Pero la conversión que Paulo instauró en una *Carta a Romanos* dirigida programáticamente al corazón del Imperio sólo llega a cristalizar como efectiva construcción jurídica y política bajo Justiniano. El colonialismo occidental nace como coalición del imperio de los césares y el reino de Cristo. Y este nuevo colonialismo ya no se limita a un proceso simple de apropiación de tierras, bienes y vidas humanas. Y no se limita a imponer sobre los territorios conquistados el *ius gentium* romano, la primera formulación histórica de los *human rights*. El colonialismo cristiano-romano que se extendió a lo ancho del territorio helenístico, y hasta el extremo septentrional de Europa y los límites occidentales del Mediterráneo, materializó el ideario paulino de conversión en el gigantesco aparato jurídico-militar, y religioso-administrativo de una virtual dominación universal.

El verbo latino que designa el proceso colonizador, *colere*, estaba ligado a los conceptos de cultura, cultivo y culto. Designaba una acción humana de habitar que comprendía al mismo tiempo la conservación de ecosistemas y formas de vida humana, y estaba íntimamente vinculada al orden sagrado del cielo y la tierra. La colonización se efectuaba además a extramuros de las ciudades y se ensanchaba como extensión del orden jurídico de la *civitas* y la civilización, o sea, como una acción civilizadora. Pero el colonialismo cristiano y la acción civilizadora asociada con su expansión mundial adoptaron un sentido completamente opuesto a esta definición latina. Su principio constituyente no ha sido cultivar y celebrar cultos, sino la destrucción de ecosistemas, la abolición de cultos y formas de vida, y la destrucción de civilizaciones complejas dotadas de un orden moral, jurídico y político desarrollado, como lo eran las monarquías aztecas e incas, y como lo era el Imperio de China y las monarquías de la India. Su principio funcional fue la destrucción de un orden natural y político. "Forests were moved down, the buffalo exterminated, the beaver driven to extinction and his wonderfully constructed dams dynamited... and a whole people harassed to degradation and death. The white man has come to be the symbol of extinction for all things natural" —en las palabras con las que

Luther Standing Bear describe el colonialismo anglosajón y francés de América septentrional—<sup>650</sup>.

La persecución y eliminación cristianas de los cultos demeterianos de la Grecia antigua o de los modernos calendarios mayas no son incidentes aislados. Constituyen un paradigma global. Ni la violencia que acompañó el proceso de su erradicación y extirpación es sólo la expresión de una genérica maldad humana. Es una condición del logos civilizador. La eliminación corporativa y misionera de las últimas culturas chamánicas en las regiones amazónicas y andinas destinadas a una futura explotación mineral y biológica es una cita incuestionada del inabarcado proceso colonizador en el mundo actual. Con la supresión de aquellos cultos mediterráneos, y su suplantación por los cultos marianos, lo mismo que a través de la eliminación de los cultos a la fuerza vital de la tierra, el agua, los astros y las semillas en las religiones antiguas de Mesoamérica y en las culturas contemporáneas del Amazonas no solamente se ha erradicado un cosmos increado, creador e infinito. Con sus espacios y tiempo sagrados se destruyeron también los ciclos biológicos de la vida, de la que dependía la supervivencia humana. Su resultado en el continente americano y en África ha sido un genocidio de decenas de millones de humanos prolongado a lo largo de los siglos, y los espectáculos contemporáneos de devastación biológica masiva.

Racismo y expropiación, esclavitud y expolio, los valores humanos destruidos y vaciados, y la desestructuración de la vida social bajo la que Frantz Fanon definía el proceso colonizador no son los indeseables *collateral damages* del proceso civilizador de la razón occidental. Son la condición teológica y política, y también ecológica de su expansión mundial indefinida<sup>651</sup>.

### 3

#### *Epistemología colonial*

La cruz y el cañón han estado indisolublemente asociados a lo largo de la historia del colonialismo occidental desde la aniquilación de las ciudades sagradas de Tenochtitlán y Cuzco, con las que comienza la edad moderna, hasta la prohibición de símbolos religiosos islámicos en la plaza pública de las metrópolis europeas en la era de la guerra

<sup>650</sup> Luther Standing Bear, *Land of the Spotted Eagle*. Nebraska 1978, p. 166.

<sup>651</sup> Frantz Fanon, *Toward the African Revolution*. New York 1961, p. 33.

global. Multitud de testimonios revelan los sangrientos orígenes de esta asociación terrorífica. El colonialismo inaugurado por Inglaterra y Holanda sobre los continentes de Asia y África a partir del siglo diecisiete se fundaba, sin embargo, en un principio secular. El cristianismo representaba sus últimos fundamentos mitológicos y metafísicos. Pero la expansión colonial se definía ahora bajo una racionalidad económica y científica. Para Locke y para Grotius el proceso colonizador era un proceso civilizador. La industria y la tecnología, los monopolios comerciales y la concentración de fuerza de trabajo se erigieron como sus nuevos centros ejecutivos y simbólicos. Si los *Tratados* de Bartolomé de las Casas representan la concepción misionera de la colonización como proceso de sujeción y subjetivación, la *Instauratio Magna* de Francis Bacon constituye su expresión epistemológica moderna como avance del conocimiento.

Sus respectivas premisas coloniales son, ciertamente, diferentes. Incluso pueden considerarse opuestas. Las Casas es el teólogo de la conversión colonial cristiana. Bacon es el padre fundador de la ciencia moderna. También son diferentes y opuestos sus objetivos: la expansión del comercio y la industria, de acuerdo con Bacon; la conversión de los indios sujetos en súbditos subalternos y sumisos sujetos, según Las Casas.

No es menos importante subrayar la continuidad lógica entre las figuras históricas del colonialismo occidental que ambos representan. El argumento crítico central del *Novum Organum* de Bacon reitera el principio fundamental de la propaganda colonial cristiana: la condena y erradicación de los "ídolos". La diferencia reside en que los misioneros coloniales ven en esos ídolos representaciones y aún encarnaciones del demonio, o de un sustantivado principio del Mal, mientras que Bacon reformuló esta identificación mitológica bajo las categorías epistemológicas de la impotencia tecnocientífica y la improductividad capitalista. El catálogo baconiano de ídolos lingüísticos y sociales, y de ídolos de la tribu o de la persona puso en manos de la tecnociencia empírico-crítica (que él mismo había definido a partir de su función colonial expansiva, su dominación sobre la naturaleza y su productividad económica) el arma de una nueva cruzada contra aquellos mismos dioses, conocimientos y formas de vida que no se sujetasen al discurso universal del progreso tecnoindustrial.

Entre ambas figuras históricas del colonialismo existe una funda-

mental solución de continuidad. Pero subsiste también una diferencia. Esta diferencia entre el colonialismo ibérico del siglo dieciséis y el colonialismo anglosajón de los siglos siguientes no reside en su comparable intensidad genocida. Nuevo es solamente su ideario explícito, su legitimación propagandística y jurídica, sus símbolos y sus eslóganes. El colonialismo moderno no está interesado en la conversión compulsiva de sus súbditos, ni en la extensión territorial de sus dominios. Su móvil es la provisión de fuentes de energía y materiales industriales, así como la expansión de sus mercados. El desarrollo tecnológico hace asimismo innecesaria la concentración de fuerza de trabajo esclava o semiesclava. Su objetivo es su racionalización bajo un principio de eficacia instrumental. Por eso el colonialismo postcolonial se corona con un principio universal de tolerancia de las costumbres, ideas y creencias de sujetos jurídicos abstractos, sin costumbres, ni memoria, ni religión. Ya no tiene que suprimir a los viejos dioses. Basta con confinarlos a los museos.

#### 4

### El proceso civilizador

El concepto latino de cultura se articula históricamente en torno a los cultos religiosos y el cultivo de la tierra. La palabra *civilitas*, por el contrario, definía la condición jurídica y política de la *civitas*. La *civilité* fue una derivación tardía para distinguir las formas elaboradas de la cultura aristocrática francesa de las costumbres de un campesinado estigmatizado por su carencia de forma y de cultura. En su uso moderno "cultura" y "civilización" están íntimamente vinculadas entre sí. Algunos filósofos europeos, Herder entre ellos, usaron por este motivo indistintamente los significantes civilización y cultura.

En el contexto del capitalismo industrial europeo del siglo diecinueve dicha civilización se concebía como un sistema social jurídicamente reglamentado y fundado sobre principios formales de racionalidad económica, en sustitución de la comunidad religiosamente ordenada de las ciudades medievales europeas y las culturas históricas mundiales sometidas al poder colonizador de Occidente. La civilización y el proceso civilizador debían posibilitar el desarrollo moral y estético y económico de una sociabilidad humana fundada en un principio secular de libertad y tolerancia. Pero la expansión de esta civilización

secular, industrial y tecnocientífica entró en conflicto con las reales formas de sociabilidad humana, y sus valores y formas tradicionales de vida, con efectos devastadores para la supervivencia humana tanto en sus metrópolis industriales cuanto en sus periferias coloniales e imperiales.

En el *Manifiesto comunista*, Marx delataba el “exceso de civilización” como causa de la miseria económica y de la alienación humana. Esto significaba tanto como oponer los destinos de la civilización al objetivo filosófico de la cultura como formación (*Bildung*) y realización de la persona. Nietzsche declaró explícitamente el poder de la civilización como principio de decadencia de la cultura. Tönnies y Simmel pusieron de manifiesto que el proceso civilizador entrañaba el empobrecimiento emocional, intelectual y espiritual de la cultura. Predominio del cálculo monetario sobre el espíritu, supremacía de la organización sobre la plasticidad de la vida, tiranía de la abstracción sobre los procesos creativos de la imaginación: esos eran los signos de la civilización triunfante. Y de una cultura decadente.

Paradójica o significativamente el nacionalismo y el imperialismo europeos elevaron a ideal universal esta misma civilización que desintegraba interiormente las comunidades europeas y acompañaba el empobrecimiento de sus culturas. “Soldats! vous allez entreprendre une conquête dont les effets sur la civilisation et le commerce du monde son incalculables”, proclamaba Napoleón en su marcha sobre Egipto<sup>652</sup>. Décadas más tarde, el rey Leopoldo II anunciaba la conquista del Congo como medio “to open to civilization the only part of our globe where it has yet to penetrate”<sup>653</sup>. Fue también en nombre de la civilización que los Estados Unidos invadieron Cuba y Puerto Rico a finales del siglo diecinueve.

Colonizar quiere decir civilizar. Significa someter los paisajes naturales y la diversidad de formas culturales que adopta la vida humana en el planeta a los imperativos políticos y a las condiciones jurídicas y epistemológicas de la expansión industrial o comercial global. Puertos y puentes, vías férreas y las megamáquinas de conquista económica y militar de los recursos naturales han legitimado la destrucción sistemática de regiones enteras en nombre de esta

<sup>652</sup> Hannelore Hilgers-Segell y Helga Pust, “Culture und Civilisation im Französischen bis zum, beginn des 20. Jahrhunderts”. *Kultur und Zivilisation*. Ed. Johann Knobloch, et. ál.; München 1967, p. 21.

<sup>653</sup> Thomas Pakenham, *The Scramble for Africa*. New York 2003, p. 21.

civilización. Su arcaico principio fundacional, la conversión cristiana, ya no funge en esta etapa secular de la colonización como su causa final. Su lugar semántico ha sido reemplazado por el progreso racional de la humanidad.

## 5

### Violencia infinita

Un “régimen de continua violencia”, es como Fanon definió el colonialismo del siglo veinte a partir de su experiencia africana. Una “violencia atmosférica” que “se eriza bajo la piel” —fue su diagnóstico de la “violencia en los países coloniales agravada por la coexistencia pacífica entre los dos bloques” —. Y añadió: “La violencia del régimen colonial y la contraviolencia del colonizado... se corresponden mutuamente bajo una extraordinaria homogeneidad recíproca”<sup>654</sup>.

La expansión colonial de la civilización occidental no puede separarse conceptualmente de la propagación y progreso de la violencia. Pero esta violencia colonial no es solamente un medio instrumental. No se mide solamente por el real progreso técnico que media entre el fusil decimonónico y la guerra biológica y nuclear de nuestro tiempo. Es una violencia constitutiva del concepto de civilización. Una violencia constituida como concentración de dispositivos tecnológicos, institucionales y jurídicos de destrucción. Y es una violencia al mismo tiempo abstraída e ignorada en cuanto a sus causas y contingencias, y celebrada como objeto fetichista de culto en los medios globales de comunicación. Esta presencia a la vez intangible y sagrada de la violencia es lo que permite volatilizar estadística y mediáticamente las decenas de millones de humanos sacrificados en las guerras industriales del siglo veinte y veintiuno, al tiempo que nos deleitamos con las ficciones de *Terminators* y *Star wars*. Es la condición que permite ignorar las decenas de millones de humanos sacrificados en el tráfico de esclavos de ayer y en los desplazamientos forzados de hoy hacia los centros de producción industrial. Es lo que permite ignorar los millones de humanos sacrificados en las geopolíticas del hambre del mundo global. Y lo que nos fuerza a ignorar el progreso cuantitativo y cualitativo de las armas de destrucción de la humanidad.

<sup>654</sup> Franz Fanon, *The Wretched of the Earth*. New York, 2004, pp. 31, 38, 46.

La función civilizatoria de la violencia puede definirse bajo tres diferentes aspectos. Primero: la destrucción y la muerte, la tortura y las violaciones sexuales, junto a los desplazamientos masivos y la esclavización y el exterminio humanos han sido las expresiones fundamentales del proceso colonial a lo largo de los siglos. Expresiones visibles y tangibles, aunque nunca se las quiera reconocer. Su racionalidad ha sido ampliamente justificada desde la guerra santa contra sujetos coloniales de Ginés de Sepúlveda hasta la filosofía política del estado totalitario de Carl Schmidt. En el proceso colonial entra en acción, en primer lugar, la muerte física y la muerte como angustia que disuelve interiormente la conciencia y los vínculos espirituales de las comunidades históricas con su memoria colectiva y con la naturaleza. La función última de esta violencia es el vaciamiento del ser.

Segundo: la disolución del universo natural y simbólico de una comunidad conquistada y de una existencia humana sometida por la violencia es el fundamento sobre el que se erige el orden teológico, gramatical y político del poder colonial; su corolario es la producción industrial y semiótica de una nueva humanidad universal y del reino de la civilización global. Sus metáforas modernas: *Drittes Reich*, *New World Order*, *Global War*...

Tercero: la violencia es el instrumento y el concepto que define el poder colonizador como proceso civilizador; al mismo tiempo, el "hombre colonizado se libera a sí mismo en y a través de la violencia"—según las palabras que Fanon escribió a partir de la experiencia política de las resistencias anticoloniales en Argelia, Indochina o Madagascar—. Esta violencia es "positiva", sirve para el "reconocimiento" mutuo de las facciones en lucha, "unifica al pueblo", "ha dado a las masas el gusto voraz por lo tangible", y es, por consiguiente, "una fuerza purificadora"<sup>655</sup>. Esta es la última dimensión de la violencia como fuerza civilizadora: su transformación en violencia sacrificial al servicio de una finalidad espiritual.

El testimonio trágico de Fanon revela la falsedad y la impostura de las doctrinas políticas de la violencia, de Hobbes a la propaganda de la guerra global preventiva en el siglo veintiuno. Esta racionalidad civilizadora ha conducido a la situación contemporánea de una violencia generalizada y suicida, que utiliza armas genocidas de destrucción biológica y nuclear, amordaza a la conciencia pública global a través de

<sup>655</sup> *Ibid.*, pp. 44 y 51.

las redes electrónicas de control social, y somete a cientos de millones de humanos a la miseria y la agonía.